

# RUBEN DARIO Y ESPAÑA

POR

GINES DE ALBAREDA

Nace Rubén Darío en Metapa, cerca del lago de Managua, el 18 de enero de 1867. Su verdadero nombre es Félix Rubén García Sarmiento. Darío era mote familiar. *Los Daríos* llamaban a la familia del padre, por haber tenido un bisuabuelo Darío, de personalidad muy acusada.

Rubén pasa su niñez en León, de Nicaragua, en casa de su tía materna doña Bernarda Sarmiento. León, de Nicaragua, es ciudad colonial, vaciada en moldes hispanos, con campanadas lentas que a Rubén, niño, producen miedo. Ciudad opaca y de cierta solemnidad tris-tona. En la condición y el gesto de muchas ciudades de América, España sigue viva. No me refiero a las esquirlas del corazón, a los pulsos de la sangre, sino a la memoria de las piedras. Guardan, estas ciudades, intacto, el perfil familiar con que las signaron sus fundadores, y al llegar a ellas, ahora, se podría decir lo que le decimos al muchacho que lleva en la cara los rasgos paternos: «Tú eres hijo de fulano, ¿verdad?»

Hijas de España son y españolas se muestran de perfil y de frente, por donde quiera que se las mire, pues que tienen en la manera y en el modo la expresión augusta de su linaje y de su casta: campanarios con piedras de anhelos verticales, calientes de nidos y oración; piedras pensativas de la muralla, ya con jaramagos pregoneros de gloria. Piedras de América. Apoyos de la arquería hispana. Piedras con criterio de civilización.

Los padres de Rubén estaban separados y el sensible muchacho no pudo vivir ternura de hogar propio y propicio. Quizá sea éste el motivo de suprimir, en su nombre, los apellidos García y Sarmiento. A los once años escribe versos ingenuos con finura de oído. A los catorce años enseña gramática castellana en un colegio de párvulos. A los diecisiete desempeña un cargo en la Biblioteca Nacional de Managua. Allí lee a los clásicos españoles—Santa Teresa, Cervantes, Lope, Góngora, Quevedo—, a Quintana y a los románticos, y comienza a eliminar estilos y a sentir preferencias y apasionamientos.

En 1886 hace su primer viaje a Santiago de Chile, donde vive dos años literariamente fecundos e inicia su producción con los libros *Abrojos* y *Azul...* Este último con nuevas apreciaciones líricas, con renovación de metáforas y ritmos. *Azul...* quizá habría demorado su fama, si don Juan Valera no lo hubiese elogiado en un importante artículo del periódico madrileño, *El Imparcial*. El espaldarazo de Valera le alienta y le exalta. Comienza su colaboración en *La Nación*, de Buenos Aires, colaboración que durará mientras viva. El año 1889 regresa a su Nicaragua natal y recorre El Salvador, Costa Rica, Guatemala... Su inquietud viajera no le dejará ya de por vida, y será una experiencia provechosa, una peregrinación lírica constante, de la que sacará escenarios y emociones definitivas.

Llevó, por todas partes, una vida de amores fáciles y precoces —«plural ha sido la celeste / historia de mi corazón»— y en 1890 contrajo matrimonio con Rafaela Contreras —*Stela*—. La ceremonia religiosa no pudo celebrarse hasta meses después, porque aquel día estalló la revolución en El Salvador. En San José de Costa Rica dirigió un periódico y le nació su primer hijo: Rubén Darío Contreras.

Como delegado de Nicaragua, viene a España el año 1892, para representar a su país en las fiestas del Centenario del Descubrimiento.

Rubén Darío desembarca en Santander y llega a Madrid que vibra con la conmemoración colombina. Don Marcelino Menéndez Pelayo aplaude sus versos. Núñez de Arce tiene empeños en conseguirle un empleo para que se quede a vivir con nosotros. Salvador Rueda le pide un «Pórtico» para su libro *En tropel*, y son éstas quizá las líneas poéticas que introducen en España algo—un estilo, una norma, una manera— que va a llamarse el modernismo. Campoamor, en plena gloria, le halaga con sus elogios; y don Juan Valera, fino descubridor de talentos, es quien le introduce en los medios literarios y sociales.

Finalizada su misión española, que duró unas semanas, regresa a América. Una escala en Cartagena de Indias, le hace conocer al poeta colombiano Rafael Núñez, que había sido presidente de la República. Colombia arde en romanticismos rezagados. Vibran aún los nombres de José Eusebio Caro y de Julio Arboleda. Rafael Pombo y Jorge Isaac reciben el consenso popular. Rafael Núñez consigue que el gobierno colombiano envíe a Rubén como cónsul de Colombia a Buenos Aires.

Vuelve a Nicaragua. La dulce Rafaela Contreras ha muerto. Es el año 1893. El intenso dolor que le produce la muerte de su mujer es, en parte, mitigado por el alcohol. Desde ahora en adelante será éste un procedimiento de olvido que le irá minando energía y salud.

Rafaela Contreras fue uno de los verdaderos amores de su vida atormentada, una de las raras mujeres que se interesaron hondamente, con cierta piedad maternal, en la vida del poeta.

Poco después de la muerte de «Stela», Rubén vive un capítulo de su vida, azaroso y oscuro: su matrimonio con Rosario Murillo. En torno a este episodio se han hecho muchos comentarios escandalosos. Se dice que Rosario Murillo fue siempre una sombra oscura en la vida del poeta, que le llenó de zozobras, que le colmó de sobresaltos. Y hasta se cuenta que los diputados nicaragüenses, amigos de Rubén, quisieron votar en la Cámara a favor del divorcio, con la sola finalidad de acabar con el terrible cisma conyugal del gran poeta.

Emprende su viaje a Buenos Aires. Viaje a Buenos Aires desde Nicaragua, vía Nueva York-París.

En Nueva York conoce a José Martí, que estaba incorporando la poesía norteamericana a la América española. Martí ejercerá influencia en Rubén, influencia bien dada—dice Juan Ramón Jiménez—y bien recibida.

París. La «Ciudad luz» había poblado, desde niño, los sueños del poeta. Parece ser que Rubén, muchacho, rezaba a Dios para que no le dejase morir sin conocer París. Vida bohemia, poetas decadentes, reinas del can-can, alcohol y rarezas elegantes. París fue una fascinación en el ánimo del nicaragüense que cayó, íntegro, en la tentación fácil de los poetas «malditos» y en los tópicos deslumbradores de sus vidas. París le absorbe, le domina. París es una fiebre incontenida en el alma del poeta. En París vive una vida de gran burgués, entreverada de barrio latino y de bohemia. Con lujos lánguidos, madrugada junto al Sena, lunas dolientes..., que los poetas cantarán luego sobre las mesas de los cafés de Montmartre. Lee a Baudelaire y conoce físicamente a Verlaine, viejo ya, con ojos de fauno, perdido por el ajeno y el vicio:

*Padre y maestro mágico, liróforo celeste  
que al instrumento olímpico y a la siringa agreste  
diste tu acento encantador;  
¡Panida! Pan tú mismo, que coros condujiste  
hacia el propileo sacro que amaba tu alma triste,  
al son del sistro y del tambor.*

Enrique Gómez Carrillo es su introductor en aquellas tertulias parnasianas, simbolistas y decadentistas.

Por fin llega a Buenos Aires. Lo reciben Leopoldo Lugones, Rafael Obligado, el boliviano Ricardo Jaimes Freyre... Trabaja sin descanso durante cinco años: intensifica su colaboración en *La Nación*

y escribe los versos que formarán *Prosas profanas*. Plenitud del estilo rubeniano modernista. Eje de la nueva manera expresiva. El maravilloso libro de poemas es publicado en Buenos Aires, el año 1896, y es acogido con un éxito ruidoso. *Prosas profanas* trae un valor trascendente de novedad rítmica, de sorpresa melódica, y levanta, entre la indignación de los viejos, el regocijo de los jóvenes que ven ya iniciado su credo poético.

Funda la *Revista de América*, de corta vida, pero de mucha estela. Y el año 1898, Rubén vuelve a España, esta vez como corresponsal de *La Nación*.

En España se ha iniciado una generación importante: la del 98. Rubén se relaciona con aquellos jóvenes que pugnan por hacer una literatura distinta. Conoce a Unamuno, a *Azorín*, a Valle-Inclán, a Antonio Machado. Siente una especial predilección por Juan Ramón Jiménez. Y se convierte, súbitamente, en el centro y guión lírico de España.

Por esta época, una tarde, paseando por los jardines del Campo del Moro—sierra velazqueña al fondo, acacias y rosales entre surtidores galantes—conoce a Francisca Sánchez, la hija de un guarda de los jardines, con la que inicia un idilio que durará varios años, fruto del cual será el niño enfermizo que arrancará del pecho del poeta estos versos emocionados:

*Phocas el campesino, hijo mío, que tienes  
en apenas escasos meses de vida, tantos  
dolores en tus ojos que esperan tantos llantos  
por el fatal pensar que revelan tus sienas...*

*Tarda en venir a este dolor a donde vienes,  
a este mundo terrible en duelos y en espantos;  
duerme bajo los ángeles, sueña bajo los Santos,  
que ya tendrás la vida para que te envenenes...*

*Sueña, hijo mío, todavía, y cuando crezcas,  
perdóname el fatal don de darte la vida  
que yo hubiera querido de azul y rosas frescas...*

Francisca Sánchez será, a su lado, en Madrid y en París, una sombra amorosa, un silencio cuajado de renunciamientos y entregas, «Princesa Páca» llamará Amado Nervo a aquella humilde mujer iletrada que tuvo el instintivo don de saber siempre perder.

Pasa a Francia para informar a los lectores argentinos sobre la «Exposición Universal» que se va a celebrar en París. Bohemia. Intima con Gómez Carrillo, con Manuel Machado, con Amado Nervo. Este último le describe así: